

La Leyenda de la Conquista de Cáceres



César García González

La Leyenda de la Conquista de Cáceres

ACTO I

Personajes:

D. Pedro González	Maestre de Santiago
D. Froilán Núñez.....	Maestre de Alcántara
D. Nuño de Sande	Obispo de Astorga
D. Fernando de los Llanos	Sr. de Oviedo
D. Álvaro de Tedra.....	Teniente de Infantado
El Infante D. Sancho.....	Canciller del Rey
D. Rodrigo González	Caballero de Santiago
D. Diego Froilaz	Señor de Alconétar
Noble 1º	
Noble 2º	
Guardias	
Criados	

(Patio central del campamento cristiano, lo circundan tiendas con pendones, estandartes y escudos de armas. En el centro gran mesa en herradura a la que se sientan los nobles, Obispos y grandes Maestres de Ordenes Militares. Los guardias de pie ante las tiendas y los criados deambulan haciendo su trabajo. La escena está en penumbra, el Narrador (*voz en off*) da cuenta de la situación, la iluminación se intensifica al final de su parlamento, cuando éste finaliza, comienza la acción).

NARRADOR

Llegada la primavera
del año de gracia pleno
Mil doscientos veintinueve,
nuevamente ponen cerco
mesnadas del Rey Cristiano
a la ciudad que otro tiempo
fuere de la cristiandad,
posesión de caballeros
de la Orden de los Fratres
y de sus hermanos nuevos.

Forman la tropa del Rey,
nombrado Alfonso el Noveno
de Galicia y de León

por la gracia del Eterno,
nobles señores y Obispos
castellanos y gallegos,
de Zamora y Portugal,
asturianos y extremeños,
más Ordenes Militares
y Milicias de Concejos.

Es numerosa la tropa,
bien dotada de pertrechos,
aguerridos los soldados
y de talante muy fiero.

Mas bastante no resultan
semejantes argumentos,
pues la Plaza de KAZIRES
alto ha su emplazamiento.
Recias murallas la cercan
y es valiente el sarraceno
nombrado Saíd-Alí
que la tiene a su gobierno.

En primaveras pasadas
frontal ataque se ha hecho
y las mesnadas cristianas,
cuando así la acometieron,
hubieron de retirarse
dejando heridos y muertos
a los pies de una muralla
que inexpugnable tuvieron.

Por estas buenas razones
deciden ponerle cerco
para que por hambre y sed
perezcan los agarenos;
Mas tampoco es este ardid
que a todos parezca bueno,
ya que puede dilatarse
por un excesivo tiempo
y transcurriendo el verano,
allí les caiga el invierno
y se alíen con el moro
la lluvia, el frío y el cieno
y una vez más, derrotados

vayan de retorno al feudo.

El sitio puede ser largo,
pues son en conocimiento
de que en el Alkázar hay
un aljibe de agua lleno
de sobradas dimensiones
para el abastecimiento.
Y los patios de las casas
hanse trocados en huertos
donde plantan lo preciso
para tener el sustento.
Pues, con estas previsiones
tienen agua y alimento
para que por hambre y sed
no rindan en mucho tiempo.

De aquestas y otras razones
discuten los caballeros
en ausencia del Monarca,
que la andadura está haciendo
del Camino de la Plata
por bajar al campamento
y poner mando en la tropa
con la su mano de hierro,
bajo de la Santa Cruz
que es del Norte su lucero
y que ha venido guiando
cuanto en armas tiene hecho
para expulsar la morisma
de aqueste su patrio suelo.

En estas cuitas concluye
la cena en el campamento
a los brindis que se toman
permanezcamos atentos
y escuchemos las razones
que se dan los caballeros...

(Los comensales mantienen un rumor generalizado de conversaciones, sobre las que se impone la voz de D. Pedro, que se pone en pie levantando su copa.)

D. PEDRO

¡Quiero levantar mi copa
en este brindis primero
y ante tan notable audiencia
patente hago mi deseo
porque nuestra Majestad
nos arribe sano y bueno!

D. FROILAN

En extremo me parece
loable vuestro deseo
y por entenderlo así
en unión de vos, yo bebo.

TODOS

¡¡ Bebo !!

D. NUÑO

No sería Santa Cruzada
en la que empeñados hemos
si bajo la Cruz de Cristo
no llevamos nuestro empeño.
¡Por nuestra fe de cristianos
con vuestas mercedes! ¡Bebo!

TODOS

¡¡Bebo!!

D. DIEGO

Bien me parecen, señores,
los votos que aquí se han hecho;
pero tras la Cruz y el Rey
ha de ir el honor nuestro.

Por ello quiero brindar
porque el sitio que tenemos
presto se vea coronado
por el más rotundo éxito
y la cabeza del moro,
separada de su cuerpo,
podamos verla colgada
de pendón o repostero
y la plaza sea tomada
por estos nobles aceros.

Porque así sea, señores,
en diciendo esto ¡Bebo!

(A este brindis no responden todas las voces y algunos que lo hacen no demuestran el entusiasmo anterior.)

ALGUNOS

¡¡Bebo!!

D. PEDRO

Observo cierta frialdad
en este brindis postrero
¿Acaso, nobles señores,
no os ha gustado el deseo
que con elocuente voz
ha formulado D. Diego?

¿O tal vez es la violencia
desprendida de su verbo
la que acaso ha disgustado
a espíritus algo tiernos?

¡Pues yo reitero ese brindis
y repito ese deseo!
¡Que decapitado el moro
la ciudad nos rinda presto!

Por que como dicho sea,
mirando quien bebe ¡Bebo!

(Varios caballeros no hacen ni ademán de tomar la copa)

ALGUNOS

¡¡ Bebo !!

(D. Pedro, mientras bebe observa al resto de los caballeros)

D. ALVARO

¡Digno de encomio resulta
semejante ardor guerrero!
Mas ¿A quién ha de extrañar
sin quien lo expresa es D. Pedro,
Gran Maestro de los Fratres,

de esta plaza antiguos dueños?

D. PEDRO

¡¡ Explicaos!!

D. ALVARO

¿Acaso no queda claro
qué guía el afán vuestro?

D. PEDRO

¡¡No!!

D. FERNANDO

D. Álvaro es elocuente
y pone de manifiesto
que los mismos intereses
aquí no todos habemos.

Público y notorio es
que aquí ha tenido su centro
la Gran Orden de la Espada
que representa D. Pedro,
quien de la Corona espera,
cuando rendido sea el cerco,
que en premio se la retorne
a quien se cree ser su dueño.

D. PEDRO

¿Creéis que por interés
tan encendido es mi empeño ...?
Solamente la lealtad
a mi Monarca ¡Sabedlo!
Me ha traído hasta esta plaza
a expulsar al sarraceno.

D. ALVARO

¡Oh! ¡Qué loable lealtad
al Monarca y a su reino!
¿Y es posible que también
sea inflamado vuestro pecho
por la fe que profesáis
a Cristo, Dios, Señor Nuestro?

D. FROILAN

Yo me tomo esas palabras
por ofensa hacia D. Pedro.
Y los que a D. Pedro ofenden
a mí mismo ofensa han hecho.

D. ALVARO

Vuestra opinión no me vale.
Vos también sois extremeño.

D. FROILAN

¡Si no os vale mi opinión,
tal vez os valga mi acero!

(Hace ademán de desenvainar la espada, D. Pedro le detiene)

D. PEDRO

¡Alto, D. Froilán!
¡Teneos!
Si reparación requieren
las ofensas que se han hecho
habrá de ser este brazo
prolongado en este acero
(Desenvaina)
quien ha de exigir las cuentas
a que se cree con derecho.

D. FERNANDO

¡Sólo las verdades duelen!
Quien su honor tenga por leso
por lo dicho por D. Álvaro
es que admite como cierto,
desde el principio hasta el fin,
todo cuanto deja expuesto.

D. PEDRO

¿Vos también consideráis
que por interés pretendo
acometer esta plaza
y dar muerte al sarraceno?

(Le señala con la punta de su espada)

D. FERNANDO

¡Así es, caballero!

D. PEDRO

¡Pues a dambos daré muerte
si no caigo yo primero!

(Hace ademán de acometerle)

D. NUÑO

(Poniéndose en pie en el centro)

¡Ténganse vuestras mercedes
que no corra sangre en duelo!

(Dirigiéndose a D. Álvaro y D. Fernando)

¿Es posible preguntar
a estos nobles caballeros
si con su fina ironía
ofensas no están haciendo
por tener una disculpa
tras la que esconder su miedo?

D. FERNANDO

¿Qué es lo que queréis decir?
A fe que yo no os entiendo;
pero no me gusta el tono
ni esa referencia al miedo.

D. NUÑO

Si queréis aclaración
con sumo placer la ofrezco:
De bastardos intereses
acusáis vos a D. Pedro
¿Y por ventura los suyos
son peores que los vuestros?
¿O es que vuestra pretensión
no es abandonar el cerco
y atender a las cuestiones
que os aguardan en el feudo?

Y sin con ello evitáis
lid en que podéis ser muerto,
la cuestión es bien sencilla
y vuestro fin manifiesto.

D. FERNANDO

¡Graves palabras decís!
¡Por Dios que no las consiento!

(Desenvaina su espada y acomete a D. Nuño, D. Pedro le intercepta y se entabla un combate, de un lado D. Pedro, D. Diego, D. Froilán y D. Nuño, del otro lado D. Fernando, D. Álvaro y los otros dos nobles).

(El combate se generaliza y el Infante D. Sancho que preside la mesa, se levanta, se pone en pie en la misma y a gritos detiene el combate.)

EL INFANTE

¡Por Cristo vivo! ¡Ya basta!
¡Pare la lucha al momento!

(El combate se detiene quedando ambos bandos enfrentados)

Es precioso el espectáculo
que ofrecéis al sarraceno,
quien seguro que recibe
con regocijo y contento
estas intestinas luchas
de aqueste su bando opuesto.
Flaco servicio le hacéis
para que rompa el asedio
sin tener que combatir,
y permaneciendo quieto
se complazca en contemplar
que empleáis vuestro denuedo
en pelear entre vos
y no contra él hacerlo.

D. FERNANDO

Después de lo acontecido
cuesta arriba se me ha puesto
que, como hermano de armas,
combata junto a D. Pedro.

D. ALVARO

A mí me sucede igual,
y por ello ya he resuelto
abandonar esta lucha,
pues con odio de por medio
continuar esta lid
por disparate lo tengo.

D. DIEGO

Queda pues claro y patente
que habéis buscado pretexto
para daros a la fuga
cual miserable conejo.

D. ALVARO

¡Por vida de ...! ¡Nueva ofensa!
¡Semejante no tolero!

(Se lanza de nuevo contra D. Diego; pero el Infante se interpone entre ambos.)

EL INFANTE

¡Que no haya más lucha, digo!
¡Envainad lenguas y acero!
¡Cesen las provocaciones
los odios y los recelos!

(Los caballeros dudan en obedecer...)

D. PEDRO

Con gusto os complaceré
si quien ofensa me ha hecho
como noble se disculpa
por que mi honor quede ileso.

EL INFANTE

¡Envainad esas espadas!
y tranquilizaos, D. Pedro.
D. Álvaro, vos también
y escuchadme bien el resto:

Todos los aquí presentes
por leales nos tenemos
a la Majestad Cristiana

de D. Alfonso el Noveno.
Si hacemos esta campaña,
la su voluntad hacemos,
que él requirió nuestro brazo
y sólo a él le ofrecemos
el concurso de las tropas
que cada uno traemos.
Así pues, nobles señores,
escuchad lo que he resuelto:

Como Canciller del Rey,
por la autoridad que tengo,
órdenes doy de aguardarle;
pues camino viene haciendo
para tomar a su mando
esta campaña de asedio,
y ante su presencia, luego,
cada uno comparezca
y exponga razones, ruegos,
preguntas o peticiones
o solicite consejos.
Que es sólo a Su Majestad
a quien lealtad le debemos
y si alguna providencia
ha de tomarse al respecto
sólo al Rey le corresponde
por su autoridad hacerlo.
Con que insisto una vez más,
envainad esos aceros,
y hasta que el Rey aparezca
reine la paz y el sosiego.

D. PEDRO

En ausencia del Monarca
a vos obediencia debo
y vuestra orden acato
con sumisión y respeto.

(Envaina su espada y con él todos los que están de su parte)

EL INFANTE

(Dirigiéndose a D. Fernando y D. Álvaro)

¿Y vos, la aceptáis?

D. ALVARO

¡La acepto!

(Envaina y con él lo hacen todos los que están en su bando)

EL INFANTE

Que la paz y la armonía
reinen en el campamento
y en lo que Su Majestad
se nos dilata en el tiempo,
preciso es que dispongamos
todo el necesario esfuerzo
para que eficaz y útil
nos resulte aqieste asedio.
¡Mandad vuestros capitanes
con patrullas de refuerzo!
Que circunden la ciudad
e impidan, a cualquier precio,
que ni planta, ni animal,
ni hombre salgan de dentro,
ni que pueda realizarse
tampoco camino inverso.
Que ese moro ha de sentir
que en peligro le tenemos.
Y si de esta guisa somos
todos en común acuerdo,
pues que avanzada es la noche
bueno es que nos retiremos
y que cada uno tenga,
llegado a sus aposentos,
ocasión de descansar
y reparador sea el sueño.

(Los caballeros empiezan a desfilarse despidiéndose del Infante y unos de otros)

D. DIEGO

¡Buenas noches!

EL INFANTE

¡Que sean buenas, D. Diego!

(D. Diego se dirige a D. Pedro)

D. PEDRO

¡Hasta mañana!

D. DIEGO

¡D. Pedro!

D. FROILAN

(Dirigiéndose a D. Pedro)

¡Descansad, querido amigo!

D. PEDRO

¡D. Froilán, os lo agradezco!

D. FROILAN

(Dirigiéndose al Infante)

¡Señor!
¡A vuestras órdenes quedo!

D. ALVARO

(Dirigiéndose al Infante)

A vos que habéis evitado
de sangre derramamiento,
junto con las buenas noches
expreso mi acatamiento.

D. FERNANDO

Lo mismo digo, señor,
esas palabras reitero.

EL INFANTE

¡Andad con Dios!

(Le dice al uno)

¡Hasta luego!

(Le dice al otro)

D. NUÑO

Sin duda Dios ha guiado
esta noche el hacer vuestro,
con excelentes maneras
habéis dado por resuelto
asaz espinoso tema
y muy malo enfrentamiento.
¡La paz de Dios sea con vos!

EL INFANTE

¡Andad con El, caballero!

(Después de saludar, se van retirando y saliendo de la escena, quedan el Infante y D. Pedro.)

EL INFANTE

Percibo cierta inquietud
en vuestro talante. Espero
no quede ningún rencor
ni reste ningún recelo
por como queda zanjado
este conato de duelo.

D. PEDRO

¡Quedad tranquilo, Señor!
Aunque es profundo el disgusto
que anidado me ha en el pecho,
mayor es la pleitesía
y la obediencia que os debo.
Que en ausencia del Monarca
de vos es mi juramento.

EL INFANTE

Retiraos a descansar,
que al alba del día nuevo
veréis de mejor color
estos acontecimientos.

D. PEDRO

No me juzguéis descortés
si aquí un rato permanezco,
que a mi alma he de dar paz
con mis solos pensamientos.
Sobre cuanto ha acontecido
reflexionaré un momento
para aclarar mis ideas
y tranquilizar mi aliento.

EL INFANTE

Como gustéis. ¡Buenas noches!

D. PEDRO

Que sean buenas os deseo.

(Durante las despedidas, los criados han ido recogiendo la mesa. El Infante se va y queda solo D. Pedro que, con gesto de cansancio y abatimiento, se sienta y reflexiona. Pasado un rato entra en escena D. Rodrigo.)

D. RODRIGO

¡Por Dios, mi querido tío!
Menos mal que aquí os encuentro
De la discusión habida
he tenido por D. Diego
escueta y parca noticia,
pues su humor no era muy bueno
Y quizás con esas nuevas
me haya alarmado en exceso.

(Se detiene ante su tío y le mira. Al percatarse de su estado de ánimo, se preocupa.)

Mas ¿Qué sucede, señor?
De vuestro talante infiero
Que los sucesos habidos
han de haber sido muy serios,
pues no es normal ni corriente
en vos este abatimiento.
¡Decidme que ha sucedido!
¡Narradme al punto los hechos!
¡Vive Dios que no soporto
en esta postración veros!

D. PEDRO

¡Tranquilizaos, Rodrigo!
Que no hay males sin remedio,
y aunque de alguna tensión
han sido ciertos momentos
el asunto se ha zanjado
y no ha quedado maltrecho
honor ni honra de nadie.

D. RODRIGO

¿Pues por qué postrado os veo?

D. PEDRO

En esa averiguación
ando metido de lleno,
formulándome preguntas
que me respondan lo cierto
que hay en las acusaciones
que esta noche se me han hecho.

D. RODRIGO

¿Acusaciones a vos
que de nobles sois espejo,
modelo de gallardía
y de jóvenes ejemplo...?
¿Y de qué? ¡Válgame Dios!
¿Y por quién ¡Me asista el Cielo!
se os hacen acusaciones?
Si ni a imaginar me atrevo
que se pueda cuestionar
vuestro honor y vuestro celo
en servir a Dios y al Rey
lo que hacéis en alma y cuerpo.

D. PEDRO

Sosegaos, buen sobrino,
si me escucháis os lo cuento.

D. RODRIGO

Adelante, relatad,
nunca estuve más atento.

(Se sienta a su lado)

D. PEDRO

Aquí ha sido D. Fernando,
ya le conocéis, de Oviedo,
apoyado por D. Álvaro
y algún otro caballero,
ha dado en manifestar
lo inútil de aqueste asedio
y que si yo he interés
y ganas de mantenerlo
hay segundas intenciones
escondidas tras mi empeño.

D. RODRIGO

¿Intenciones escondidas?
¿Qué quiso decir con ello?

(Se levanta airado)

D. PEDRO

¡Calmaos, no me interrumpáis!
manteneos en silencio.

D. RODRIGO

¡Perdonadme!

(Se sienta de nuevo)

D. PEDRO

Ha recordado el de Oviedo
que esta plaza poseyó
la Orden de Caballeros
de la que soy Gran Maestro
y que me creo en derecho
para que el Rey la retorne
a los patrimonios nuestros
una vez que sea tomada,
y que por tal interés
que numerosa mesnada
y potente y grande ejército
venga a rendir las murallas
y a expulsar al sarraceno.

D. RODRIGO

¿Y no le habéis dado muerte ...?

(Se levanta llevando la mano a la espada con intención de seguir hablando. D. Pedro le interrumpe.)

D. PEDRO

Tras ese lenguaje infecto,
ha terciado el buen D. Nuño,
que el otro esconde su miedo
a perecer en combate
o a caer herido o preso.

D. RODRIGO

¡Vive el Cielo que D. Nuño
debe de estar en lo cierto!

D. PEDRO

Estas ofensas cruzadas
brillar han hecho el acero
y se han lanzado estocadas
entre los bandos opuestos.
Y si no ha corrido sangre,
ni alguno ha caído muerto,
pues que ha terciado el Infante
imponiéndonos el freno
de la autoridad del Rey
y el combate resolviendo.

D. RODRIGO

Y yo ausente... ¡Dita sea!
Mas no he de tener sosiego
hasta que el tal D. Fernando
y los que con él se han puesto
esta villanía laven
o me ...

D. PEDRO

¡Teneos, teneos!
que esa cuestión fue resuelta.
Y lo que me da tormento
y me lleva a reflexión
no es el cobarde pretexto
que, para volverse en grupas,
aquí nos puso el de Oviedo.
Sino que mi desazón
va surgiéndome de dentro
y me formulo preguntas
que malamente contesto.

D. RODRIGO

¿Y por qué esa desazón?
¿Qué interrogantes son esos?

D. PEDRO

No añadáis vos a las mías
nuevas cuestiones tan presto,
pues si no hallo la respuesta
para las que yo me tengo,
flaco servicio me hacéis
añadiendo leña al fuego.

(D. Rodrigo se mosquea ligeramente)

D. RODRIGO

Si gustáis de explicaros,
pues que dialogáis con necio,
las palabras que decís
a comprenderlas no llevo.

D. PEDRO

No os disgustéis, buen sobrino,
ni pongáis vuestro talento
en tela de juicio; pues
soy yo quien, inconexo
voy haciendo mi relato.
Pero son mis pensamientos
los que no acierto a aclarar,
y así no aclaro mi verbo.
Me preguntáis qué preguntas
me están surgiendo del pecho
y por qué no hallo razón

siendo a mí mismo sincero.
Pues escuchadlas, son estas,
vos me juzgareis luego:
¿Es por lealtad a mi Rey
y a Cristo, Dios, Señor Nuestro
por lo que la nuestra Orden
y todos sus caballeros
andamos en esta lid
y estamos en este asedio?
¿O existen otras razones,
que a confesar no me atrevo,
para alimentar el odio
que alimenta este mi empeño
en expulsar los moriscos
que de esta ciudad son dueños?
En darme contestación
me estoy devanando el seso,
y a conclusión voy llegando
de que otras razones llevo
escondidas en el alma
y me la van carcomiendo.

D. RODRIGO

¿Qué razones puede haber?
¿No pensareis que el de Oviedo
al hacer su acusación
se aproximaba a lo cierto ?

D. PEDRO

Naturalmente que no,
de tal cosa ni me acuerdo,
que en esto mis reflexiones
van por otros derroteros.
Y si me digo verdad
el único sentimiento
que me embarga es la venganza.
Ni Dios ni el Rey me conducen.
¡Sólo venganza deseo!
De acabar con los Yusuf
de niño hice juramento.
Habéis de saber, sobrino,
que medio siglo va haciendo
que Abu-Jacob El Yusuf
y sus almohades fieros
arrancaron esta plaza
de las manos de los nuestros,

pues que aquí tenía fijado
la nuestra Orden su centro.
Enconada fue la lucha
y noble el comportamiento
de nuestros antecesores,
pues cuarenta caballeros
ganado que habían la torre
que se yergue al lado diestro
de la dicha Puerta Nueva,
bravamente resistieron
de la morisma el empuje
y allí que los contuvieron.
Mas la plaza era perdida,
sólo quedaban los nuestros
y allí les fue prometido
que las armas deponiendo
preservarían la vida
de más de cien prisioneros.
Por estas buenas razones
los cuarenta se rindieron;
mas el pérfido almohade,
la su palabra incumpliendo,
mismo arriba de la torre
fueles cercenando el cuello
y así fueron degollados
como míseros corderos,
por confiar en el moro
los cuarenta caballeros.
Allí feneció mi padre,
que era también vuestro abuelo,
otros dos hermanos suyos
y otros parientes del feudo.
Para no olvidar jamás
este tan villano hecho
a la tal torre pusimos
el nombre del sarraceno.
Y de Abú-Jacob se llama,
siempre por tal la tendremos,
que frente a ella me hice
el solemne juramento
de recuperar la plaza
y mantener odio eterno
a Abú-Jacob El Yusuf
y a cuantos de él naciendo
hallar pueda frente a mí
en aqueste patrio suelo.
Decidme, pues, buen sobrino
si es noble este sentimiento.

Que no es por lealtad al Rey
ni por la fe que profeso
por lo que soy en combate
y, si hace falta, fenezco.
Sólo es mi sed de venganza
y aquel feroz juramento
que siendo niño me hice,
y por sagrado no tengo,
lo que hace que en esta lucha
haya de dejar mi aliento.

D. RODRIGO

Permitidme que os declare
tras mi profundo respeto,
que las razones que habéis
en lo más hondo del pecho
para andar en esta lid
y en las que libréis luego,
mucho más alto os colocan
en la estima que os profeso.
Y seguro que si el Rey
fuera en su conocimiento
por lealtad a él tendría
la promesa que habéis hecho.
¿O acaso su Majestad
a los moros persiguiendo
tiene otra finalidad
que la que me habéis expuesto?
Y tan nobles me parecen
estos los motivos vuestros
que aquí me hincó ante vos

(Se pone de rodillas ante su tío)

y hago mío el juramento
que ante aquella torre hicisteis
cuando aún erais pequeño.
Y juro por Dios y el Rey
que sagrado sea el empeño
a que dambos esta noche
somos en común acuerdo.

D. PEDRO

Grave peso retiráis
de estos mis hombros maltrechos.
Vuestro joven corazón

sabe más que el de este viejo
y en vez de dar, de vos tomo
lo que es un sabio consejo.
Os doy las gracias, sobrino
y reconocido os quedo.

D. RODRIGO

Si os he servido, señor,
ya me doy por satisfecho.

D. PEDRO

El alba va a clarear
y el Infante era en lo cierto,
las cosas parecen otras
con la luz del día nuevo.
Id a descansar, Rodrigo,
que el verano venidero
nos deparará jornadas
de calores muy severos
y sin en ellas hay combate
fuerza necesitaremos.

D. RODRIGO

Retiraos también vos
que necesitáis del sueño,
pues la noche ha sido larga
y ha habido duros momentos.

D. PEDRO

Tenéis razón, mas andad,
que antes de ir a mi aposento
quiero aquí dar a Dios gracias
rezándole un Padre Nuestro.

(D. Pedro se arrodilla y junta las manos para rezar. D. Rodrigo va saliendo. las
luces se van apagando. Telón.)

Fin del Acto I

ACTO II

Primera Escena

Personajes:

D. Rodrigo González
Yaisa

(En la Ribera del Marco, también nombrado Arroyo de la Madre, que discurre por el valle que separa la Sierra de la Mosca, donde están acampados los cristianos, de la elevación en que se asienta la ciudad de Cáceres. Un remanso del río, con una leve playa de hierba y abundantes sauces y juncos poblando la orilla, al fondo un muro cubierto de espesas enredaderas.)

(Mismo mecanismo de luces y voces que en el acto anterior)

NARRADOR

Los días del mes de Marzo
van pasando sin que nada
rompa la monotonía
entre las tropas cristianas.
Ya ha comenzado el de Abril
y los moros de la plaza
mantienen su resistencia,
pues que sustento no falta.
Los cristianos se impacientan,
pues aún al Rey aguardan,
que ha alterado su viaje
por la Vía de la Plata
para detenerse en Coria,
que su justicia demandan
los nobles de aquella villa
sobre pleitos y algaradas
que desde antiguo se traen
con el Obispo y su casa.
Mas ya ha dictado su ley
y hecho justicia el Monarca,
por lo que esperan que arribe
tras unas pocas jornadas.

Mientras tanto, D. Rodrigo,
Capitán que tropas manda,
en las que son los soldados
de la orden de la Espada,

en esta noche que somos
a la ribera se baja
por mitigar los calores
de estas tierras extremadas,
refrescándose su cuerpo
en aquellas frescas aguas.
Llegado que ha sido al río
casi se queda sin habla
cuando los sus ojos pone
en una linda muchacha
que en el remanso se mece
envuelta en túnica alba
y que además de en el río
en noche y luna se baña.
El negror de sus cabellos,
la perfección de su cara
y la armonía del cuerpo
que aquella túnica ampara
se transforman en saetas
del amor que se disparan
y se incrustan de Rodrigo
en pleno centro del alma.
Sin poderse contener
hasta la niña se avanza,
va su amor a declararle,
oigámosle sus palabras...

(La escena se ilumina y D. Rodrigo camina hacia la doncella)

D. RODRIGO

¿Es que acaso muerto soy
y me hallo en la antesala
del Divino Paraíso,
o es que mis ojos me engañan?
Que ha de ser de querubín
y no de hombre la mirada
que gozo haya en contemplar
belleza tan delicada.

(La doncella, al ver a Rodrigo, se asusta e inicia la huida, mas la siguiente frase la detiene)

¡No huyáis de mí, os suplico!
Que si aún está mi alma
encadenada a mi cuerpo

vos también seréis humana.
¡Deteneos, por favor!
Permitidme la llegada
junto a vos y comprobar
que no sois como las hadas
de los infantiles cuentos,
que envueltas en nube blanca,
se desvanecen al punto
si humano intenta tocarlas.

(La muchacha, que ha permanecido de espaldas a Rodrigo, se gira lentamente cubriéndose el rostro con la mano y mirando por entre sus dedos al caballero).

Mas tan real esto es
que de sueño no se trata.
¿Qué hice yo por merecer
la dicha que me depara
el destino al contemplaros
y, postrado a vuestras plantas,
pueda elevar a los cielos
de gratitud mi plegaria?

(Hinca una rodilla en tierra y eleva los brazos a lo alto sin dejar de mirar ni un momento)

¡Permitidme contemplar
de esos ojos la mirada,
que se funda con la mía
y una sola formen ambas!
¿O acaso si yo mis ojos
sobre los vuestros posara
sería para vos pagano
que vuestro ser profanara?
¡Que sea testigo la luna,
que nos envuelve en su plata,
que sólo por contemplaros
he de rendiros mi alma!

(Lentamente va descubriendo su rostro y posa su mano en la que Rodrigo le tiende)

¡Jamás a mortal alguno
le fue dada dicha tanta!

(Se queda extasiado contemplándola y, muy despacio, se inclina y deposita un beso en la mano que le tiene tomada)

Mensajeros sean mis labios

que enciendan en vos la llama
que habéis encendido en mí
y me quema las entrañas.
Que este beso en vuestra mano
diga más que mil palabras
y por que me respondáis
más que cuanto diga valga.

YAISA

¡Por mi fe que sois osado!
Y que con vuestra llegada,
repentina y por sorpresa,
me tomáis desamparada,
mas, por caballero os tomo,
de tal, os pido palabra
de no tomar por la fuerza
de lo que se os niegue nada.

D. RODRIGO

Esa petición es hija
sólo de vuestra ignorancia,
pues D. Rodrigo González,
que por tal nombre me llaman,
no se tiene permitido
truncar voluntad de dama,
ni conseguir con violencia,
ni utilizando amenaza
nada que le sea negado.
Mas, si vos pedís palabra,
desde aqueste instante mismo
tenédmela por tomada.

YAISA

Altivo en extremo sois
y con mucha confianza
habéis besado mi mano,
pues que si yo no os frenara
¿Que pensaríais de mí
que no os conozco de nada?
Y si vos diera licencia
de hacer de mí cuanto os plazca,
seguro que en vuestra estima
quedase menospreciada.

D. RODRIGO

¡A más de belleza, juicio!
¿Es posible que adornada
de más virtudes estéis?
Seguro soy que sobrada
sois de coraje y nobleza
y de que tampoco os faltan
las precisas cualidades
para gobernar la cas...

YAISA

¡Dejad esos comentarios!
Detesto ser alabada
por, quien como vos, ignora
lo que soy y lo que alcanza
a poder ser mi persona
o lo que puede mi alma.
Y ahora debo partir
que próxima viene el alba.

D. RODRIGO

¡Cómo! ¿De partir habláis?
¿Queréis que aquí, destrozada,
consumiéndose en sí misma,
quede malherida mi alma?
¿Partir decís? Y dejarme
sin saber cómo se llama
mi sueño hecho realidad,
mi sueño que en vos se encarna.
¡Quiero saber vuestro nombre!
para decirlo en voz baja
cuando me quede dormido
y que al llegar la mañana,
estando aún en mis labios,
pueda gritarlo en voz alta.
¡Quiero saber vuestro nombre!
Para que a él enlazada
quedéis, como tierra y cielo
se juntan en la distancia.

YAISA

Pues que ya conozco el vuestro
y vuestra insistencia es tanta,
en que conozcáis el mío
a ver mal no se me alcanza.

De modo que, D. Rodrigo,
sabed que me llamo Yaisa.
Y así que ya lo sabéis
permitidme que me vaya.

D. RODRIGO

¡Aguardad, os lo suplico!
La luna aún nos regala
de su luz alguna hora
y esta imagen, dulce Yaisa,
grabar quiero en mis pupilas,
que en ellas quede fijada,
tal que jamás en la vida
ya nadie pueda borrarlas.
¡Permaneced junto a mí!
Y contemplad que la calma
de este paraje propicia
la unión que con vos reclama
este pobre corazón
que humildemente os declara
que desde hoy será sólo
para vuestro amor morada.
¡Reparad en esos sauces!
¡Como se doblan sus ramas,
que se inclinan ante vos,
no para ganar el agua!
¡Fijaos en aquellas nubes!
¡Cómo tejen filigranas
y de claroscuro formas
que cuando se mueven hablan
y desde aquella se altura
la vuestra belleza cantan!
¡Mirad esta muelle hierba
y esa frondosa hojarasca!
¿Acaso en esta quietud
no sentís que nos abraza
para fundirnos en uno
la naturaleza sabia?
¿Y es que acaso no sois vos,
con vuestra presencia mágica,
el centro de este universo
en cuyo derredor bailan,
cual cohorte de juglares
hierba, nubes, luna y agua?

(Le toma las manos)

Y no me habléis de partir,
que a estas manos enlazadas
quieren quedarse las mías
para así calmar su ansia
y la sed de acariciaros
de que las tengo inflamadas.

YAISA

¡Conteneos, caballero!

(Le retira las manos de las suyas)

Ved que me tienen turbada
los ardores de ese fuego
que yace en vuestras palabras.
Y permitidme que dude
que con mi presencia basta
para despertar en vos
tan presto pasión tamaña.

D. RODRIGO

¡Ah! ¡Miserable de mí!
Barrunto que, por desgracia,
cuando planteáis tal duda
es porque en la vuestra alma
no ha prendido como en mí
dulce del amor la llama.
Mas cosa tan natural
no ha de parecerme extraña,
que por milagro tendría
que al escalar yo montaña
ella se viniese a mí
y en llanura se trocara.

YAISA

No debéis considerar
que milagros hacen falta
para que mi amor os diera,
pues soy mujer, no montaña.
Y como mujer me siento
profundamente halagada,
que en extremo me parecen
sinceras vuestras palabras

y nobles los sentimientos
que el corazón vuestro ampara.
Mas es virtud la paciencia
que conviene practicarla
y vos debéis aguardar
que conocimiento haya
de quiénes y qué somos
previa promesa de nada.

D. RODRIGO

Días habrán de venir
que esa conocencia traigan
y quiénes o qué seamos
no ha de tener importancia
si vos sentís lo que yo,
que ya os tengo por mi dama,
y como tal, ya conmigo,
a dónde quiera que vaya,
llevaré la vuestra imagen
como si fuera medalla
sobre mi pecho prendida
y a mi ser encadenada.

YAISA

Veo que vuestro corazón
más que vuestro juicio manda.

D. RODRIGO

¿Y es que algún mal hay en ello?

YAISA

No lo sé, pues harto rápidas
son las vuestras decisiones.

D. RODRIGO

De decidir no se trata.
Cuando el corazón ordena,
con obedecerle basta.
Mas todavía no ha sido
respuesta ninguna dada
a si vuestros sentimientos
con lo que siento se igualan.

YAISA

¿Es que lo habéis preguntado?

D. RODRIGO

Razón tenéis. Tal demanda
no han formulado mis labios
ocupados como estaban
en ponderar la belleza
que a mis ojos se regala.
Mas ahora lo pregunto:
¿Podré llamaros mi amada?
¿Y podré yo ser por vos
correspondido en mis ansias?

YAISA

Yo... Caballero... No sé...
¡Ah! Qué locura me alcanza
y a la mí razón se impone
y así hiende y resquebraja
la que tenía por recia
de resistencia muralla.
Lo noble de vuestro porte,
la luz de vuestra mirada,
vuestra voz tan hechicera,
lo bello de las palabras
y el encanto que os trasciende
y os rodea como un aura,
son arietes que golpean
de mi corazón la entrada.
Y pues que no hay fortaleza
que a vuestro empuje no caiga,
teniéndolo por locura,
tenedme por vuestra amada
y tened mi corazón,
que lo pongo en vuestras palmas,
ya no es mío, sino vuestro,
pues a vos soy entregada.

D. RODRIGO

Han de beberse mis labios
de los vuestros las palabras
que acabáis de pronunciar
y que se queden grabadas

por toda la eternidad
en lo más hondo del alma
que me acabáis de entregar.

(Se abrazan, se besan y la luz va bajando hasta que se oscurece la escena.
Telón)

Fin de la Primera Escena Segunda Escena

(El mismo decorado de la escena anterior. D. Rodrigo se pasea impaciente,
está esperando a Yaisa)

D. RODRIGO

Ya para tres noches va
que por el día no vivo,
que vivir lejos de ella
no es vivir, si no castigo
y sólo añoro la hora
de bajar a aqueste río
y a mí verla retornar
cual ave torna a su nido.
Son tres noches nada más
son tres noches que se han ido
con la misma prontitud
que a la brisa va un suspiro;
pero han sido tan intensas,
de tal modo me ha embebido
y dispone de mi ser
que ya no soy ni yo mismo.
Ya son tres amaneceres
en los que partir la he visto,
llevándose en cada uno
poco a poco mi destino,
de tal modo que por siempre
al suyo lo lleva unido.
¿Cómo el corazón humano
sentir puede este vacío
y quedarse sin esencia
y notar dentro este frío
y casi notar la muerte
cada vez que ella se ha ido?
¿Porqué es tan cruel el amor...?
Y yo que tenía creído
que cual perfume de lirio
o vuelo de gavián

llegaría a lo infinito...
¡Ah! Ignorante de mí
si cuando no está conmigo
me tengo como en tinieblas,
caigo como en un abismo
tan profundo y tan oscuro
que ni claridad percibo.
Mas ¿A qué continuar
padeciendo estos delirios
si la cuestión sólo es
quedar para siempre unidos?
Tan pronto venga esta noche
he de dejarle pedido
que se convierta en mi esposa,
que un esposo tan rendido
a ella le ha de parecer
el esclavo más sumiso.
¡Pareceme que aquí llega!
Se aceleran mis latidos,
que mi corazón la siente
antes de que la haya visto.

(Yaisa entra, se abalanza hacia él con los brazos abiertos. Se abrazan y se besan)

D. RODRIGO

¡Mi amor...! ¡Dulce Yaisa!

YAISA

¡Amor mío...! ¡Mi Rodrigo!

D. RODRIGO

Hasta parece mi nombre
cuando por vos queda dicho
cual canción que coro de ángeles
cantara en el Paraíso.

(Caminan abrazados y se sientan con las manos unidas)

YAISA

¡Oh! ¡Qué largos son los días
estando sin vos, Rodrigo!

Cada hora se asemeja
a trayecto del camino
que a vos ha de conducirme,
mas su largor no resisto
y de terrible impaciencia
siento mi pecho comido.
Nunca creí que el amor
fuese tan feroz conmigo,
ni que creyese morir
por teneros compartido,
cuando no estáis junto a mí,
con familia o con amigos.

D. RODRIGO

Como el vuestro, es mi deseo
Que todo el tiempo vivido
Por preámbulo tengamos
De nuestro futuro unidos.

YAISA

Mas tan fácil no resulta
ver ese deseo cumplido,
pues mientras Alá es mi Dios,
vos tenéis la fe de Cristo.
Así lo llevo sufrido
desde que a vos me entregué
y vos me habéis recibido.

D. RODRIGO

¿Decís que sois musulmana...?
¿Y cómo no me habéis dicho...?

YAISA

¿Que había de deciros yo?
¿Vos os habéis referido
a cual es vuestra ascendencia
o a la fe que habéis en Cristo?

D. RODRIGO

Mas yo daba por sentado ...

YAISA

¡Por mi fe que sois muy listo!

D. RODRIGO

No juréis por vuestra fe
y calmaos, os lo suplico.
Que semejante noticia
me ha dejado confundido.

(Ella empieza a llorar cubriéndose la cara con las manos)

YAISA

Ni en mil años que viviera
tendría el tiempo preciso
de llegar a arrepentirme
por haberos conocido.

(D. Rodrigo la abraza)

D. RODRIGO

¡Contened esos sollozos!
Y no digáis tan seguido
que de conocerme vais
ya tan pronto a arrepentiros.

(Se queda reflexionando y habla como para si)

Mas no existe mal alguno
que, teniéndolo sabido,
no se pueda remediar
o al menos, ser corregido.
En verdad, desde que os vi
tan ciego mi amor ha sido
que, pese a vuestra advertencia,
actué como un chiquillo
y no me importaron nada,
como estaba de absorbido,
religiones ni linajes,
que fuisteis vos el Dios mío.

(Se dirige a ella resueltamente)

Mas tiempo es de reparar
anteriores desatinos.

Decidme cuanto de vos
yo deba tener sabido
y tomaré providencias
con vuestro padre y mi tío.
Dambos han de comprender
que el amor es tan divino
como Cristo y como Alá.
Y si somos impedidos
de vivir con él y en él
irá nuestro compromiso
sobre cualquier religión
y hasta encima de Dios mismo.

(Yaisa se calma y se anima un poco)

YAISA

¿Hasta tal punto me amáis
que ya tenéis decidido
que si hubiere oposición
por mi padre o vuestro tío
respetareis sobre todo
este nuestro compromiso?

D. RODRIGO

¡¡Lo juro!!

YAISA

¡¡Yo con vos hago lo mismo!!

(Se abrazan y se besan)

Y ahora debéis saber,
aunque me cueste decirlo
que mal que nos pese a dambos
dambos somos enemigos.

(El intenta interrumpirla. Ella con un gesto le detiene y continúa)

¡Sí! ¡Me afirmo en ello!
¡Enemigos!
Que en esta plaza cercada
está la casa que habito
y vos formáis en la tropa
que le tiene puesto sitio
y que si a tomarla llega

a sangre, fuego y cuchillo
pasará a sus moradores
entre los que están los míos.

(D. Rodrigo muy confundido se levanta, pasea, va a hablar, se detiene,
insiste... Por fin dice:)

D. RODRIGO

¡Pero tal... es imposible!
Rodeado está el recinto,
vigiladas las entradas
y hay patrullas de continuo.
¿Como es posible que vos
vengáis cada noche al río?

YAISA

Pues ya veis que para mí
no lo tenéis bien cumplido.
Mas eso no ha de extrañaros,
porque con sumo sigilo
me deslizo cada noche
por un largo pasadizo
que va soto la muralla
del Alkázar hasta el río.
Ved esas enredaderas
de ramaje tan tupido,
tras ellas hay una cueva
que aunque es angosta al principio,
a medida que se avanza
se va agrandando el pasillo
hasta llegar a la puerta
que sólo tiene un pestillo.
De él tuve conocimiento
por un ama que de antiguo
era esclava de mi padre
y que estuvo a mi servicio.
Y pues que el ama ya ha muerto
el secreto es sólo mío.

D. RODRIGO

¿Decís que desde el Alkázar
se arranca ese pasadizo?
¿Y cómo llegáis a él
si el Caid vive allí mismo?

YAISA

Porque el Caid es mi padre
y en el Alkázar yo vivo.

(D. Rodrigo se pone en pie de un salto, aterrorizado se lleva las manos a la cara, se mesa los cabellos, eleva los brazos al cielo...)

D. RODRIGO

¿El Caid es vuestro padre?

(Yaisa queda extrañada y asustada del comportamiento de D. Rodrigo)

YAISA

¡Ya os lo he dicho!

D. RODRIGO

¡Saíd-Alí El Yusuf!
¡Descendiente del maldito!
¡Y yo con su hija soy
que es rama del tronco mismo!
¡Valedme, Cielos! ¿Por qué
juega así el azar conmigo?

YAISA

Mas, D. Rodrigo ¿Qué os pasa?
¿A qué tanto desatino?
¡Por mi fe que me asustáis!
¡Sosegaos, os lo suplico!

(D. Rodrigo, lejos de sosegar, es invadido por una incontenible ira y sigue hablando dirigiéndose hacia los Cielos)

D. RODRIGO

¡Oidme, Cielos! ¿Por qué?
¿Porqué esto haces, Dios mío?
¿Porqué mi amor, que era puro
me lo trocas en impío?
¿Porqué me hiciste jurar
odio eterno ante mi tío
a Abú-Jacob El Yusuf
y a cuántos de él han nacido?

(Al oír esto Yaisa se espanta)

¿Y por qué al siguiente día
me cruzaste en el camino,
para que mi amor le diera,
a la hija de su hijo?
¡Decidme, Cielos! ¿Porqué?
¿Porqué? ¡Dímelo, Dios mío!

(D. Rodrigo cae de rodillas y humillada la cabeza comienza a llorar cubriéndose el rostro con las manos. Yaisa, por el contrario, muestra una extraña tranquilidad)

YAISA

Siempre por locura tuve
entregaros mi cariño,
que algo peligroso había
lo supe desde el principio,
mas sin saber lo que era
y siendo vos tan magnifico,
en vida y alma me di
con el corazón rendido.
Y una extraña sensación
que el pecho me ha comprimido,
no sabiendo lo que era,
por mal de amor he tenido;
pero aquí está la verdad,
nuestro amor está maldito,
cual humo se desvanece
cuando apenas ha nacido.

(Va junto a él y le pone una mano en el hombro)

Si en los días venideros
me tendréis odio infinito,
en este triste momento
en que hemos de despedirnos
os ruego que por soñados
tengáis los días vividos
y ya empecéis a olvidar
a este corazón marchito
que yacerá aquí en mi pecho
cuando vos os hayáis ido.

(D. Rodrigo se pone de pie, se gira hacia ella, la toma las manos y la mira intensamente)

D. RODRIGO

Vos tenéis razón, Princesa,
adiós debemos decirnos.
Cuando yo ...

(D. Rodrigo se interrumpe, ambos se miran, y no pudiendo contener su amor, se abrazan)

¡Mi amor!

YAISA

¡Rodrigo!

D. RODRIGO

¡Vénganme mil maldiciones
por romper lo prometido!
Mas me quitaré la vida,
renunciaré a ser yo mismo
por no renunciar a vos,
que nuestro amor de divino
ha poco que reputé
y entrambos nos lo pusimos
sobre cualquier religión...

YAISA

Mas ¿Qué decís, D. Rodrigo?

D. RODRIGO

Que antes muerto que sin vos
y por vos doy por perdido
cuanto soy y cuanto tengo,
linaje, casa y amigos.
Cuantos juramentos hice,
cuanta lealtad prometido,
cuantos odios declaré
sin haberos conocido
pierden todo su valor.
Y ahora, presto, necesito
que al punto me respondáis
si vos no pensáis lo mismo.

YAISA

Mas ¿De qué nueva locura
os sentís acometido?
¿Que queréis que diga yo?

D. RODRIGO

Decid: Os amo, Rodrigo,
y tan pronto yo lo oiga
dispondremos lo preciso
para que mañana aguarde
donde sale el pasadizo
con caballos, equipaje,
impedimenta y servicio.
Vos os uniréis a mí
y emprenderemos camino,
tal vez a ninguna parte,
mas estaremos unidos.
Será nuestra religión
y nuestra fe nuestro idilio.
Y mañana a media noche
nos tendremos por nacidos
de nuevo y en otra vida,
que empezará en algún sitio,
ni habrá guerras ni habrá odios,
sólo vos, yo ... Y el destino.
¡Decid! ¿Me amáis?

YAISA

¡Con toda mi alma, amor mío!
y pues que vos disponéis
yo a obedecer me limito.

D. RODRIGO

Pues por nuestro amor: Amén
por los siglos de los siglos.

(Se abrazan y se besan. Se van separando, saliendo cada uno por un lado)

¡Adiós, mi amor, dulce Yaisa...!

YAISA

¡Hasta mañana, Rodrigo...!

(La luz va perdiendo intensidad. Telón)

Fin de la Segunda Escena

Fin del Acto II

ACTO III

Personajes:

D. Pedro González
El Rey Alfonso IX
El Infante D. Sancho
D. Rodrigo González
D. Fernando de los Llanos
D. Alvaro de Tedra
D. Nuño de Sande
D. Diego Froilaz
El Cardenal D. Fernando de Allariz
D. Martín Martín, Escribano Real
El Corazón de D. Rodrigo
La Razón de D. Rodrigo
Nobles
Criados y
Guardias

(Patio central del campamento cristiano, a la izquierda en diagonal un trono doselado y elevado en el que se ubicará el Rey. Están en escena los nobles que hablan entre sí en distintos grupos esperando la llegada del Rey. Aparece D. Rodrigo que se dirige al grupo donde está su tío)

D. PEDRO

¡Pardiez, sobrino! ¿Dó estáis?
me comía la impaciencia.
Su Majestad es llegada
y ha convocado una audiencia
que al punto va a comenzar.
Requerí vuestra presencia
para que el Rey os conozca
y no estabais en la tienda
ni nadie me dio razón
ni porqué de vuestra ausencia.

D. RODRIGO

Os ruego me disculpéis,
pues que ignorante yo era
de tal acontecimiento
he bajado a la ribera
tratando de distraerme
y de refrescarme en ella.

D. PEDRO

Pues más bien acalorado
os venís del agua fresca.

D. RODRIGO

Será porque me he subido
toda la empinada cuesta
con paso ligero y vivo,
por no decir en carrera.

D. PEDRO

Paréceme de estas noches
extraña afición la vuestra.
Vais al río a refrescaros
para sudar en la vuelta.

D. RODRIGO

Es posible. Mas oid.
En ese momento llega
su cristiana Majestad.

D. PEDRO

¡Poned la rodilla en tierra!

(Entra el Rey con su cortejo, todos los presentes se arrodillan inclinando la cabeza. Sube al trono y se queda de pie, a sus lados se colocan el Cardenal y los nobles que le acompañan, detrás los portaestandartes. El Escribano se sienta en una mesita al efecto y prepara el recado de escribir)

EL REY

¡Alzad, nobles caballeros!

(Se levantan todos y se adelanta El Infante)

EL INFANTE

Dejad, Majestad, que sea
acaso sin merecerlo,
portavoz de la nobleza
y que os de la bienvenida
a estas extremadas tierras.

(Se vuelve hacia los nobles)

Por que todos festejemos
juntos esta buena nueva
¡Gritad conmigo, señores!
¡Bendito nuestro Rey sea!

TODOS

¡¡Sea!!

EL REY

Os agradezco en extremo
que bendiciones sean hechas,
mas para no dilatar
por mucho tiempo esta audiencia
os diré que os he llamado
porque quiero daros cuenta
de los planes generales
en la marcha de la guerra.
Así pues, sabed, señores,
que convine hace una fechas
con el castellano Rey
dividirnos la contienda
para ganarle al Islam
entero el suelo de Iberia.
Mientras él se baja a Córdoba
cruzando Sierra Morena,
yo he de llegar a Sevilla
y Al-Andalus será nuestra,
que luego sobre Granada
irán juntas nuestras fuerzas
tal que ya se torne inútil
del Islam la resistencia
y vueltos que sean al África
reine Cristo en toda Iberia.
Mas es preciso, señores,
por que tal que así suceda,
que ganemos esta plaza
que es la única que resta
en el camino hacia el sur
que puede hacer resistencia.
Gran interés tiene, pues,
la Corona en esta empresa
y de todos los presentes
otra cosa no se espera

que sacrificio esforzado
y que sea vuestra entrega
como hasta ahora lo ha sido,
absoluta y sin reservas.

D. FERNANDO

¡Así ha de ser, Majestad!
La Cruz y vos sois la vela
que al henchirse con el viento
de nuestra fe en vos y en ella,
al bajel de esta cruzada
impele con grande fuerza.

EL REY

En extremo me complace
que el señor de Oviedo tenga
tanta fe y que la exprese
con semejante elocuencia;
pues ello aparta de mí,
si sus palabras son ciertas,
las dudas que me sembraron
los que me llevaron nuevas
cuando viniendo hacia acá
ya me estaba a pocas leguas.

D. FERNANDO

Esas dudas, Majestad,
puedo tomar como ofensa.

EL REY

Tan presto no os ofendáis,
que sólo he vaga idea
de lo acontecido aquí
a lo largo de mi ausencia.
Por ello ruego al Infante,
que por lo que se me llega
fue quien tomó decisión,
que en forma veraz y escueta
me informe de lo preciso
para hacerme exacta cuenta
de cuanto haya sucedido.
Y que lo haga aquí en presencia
de cuantos hayan tenido

parte en esta contingencia.

EL INFANTE

Debo decir ante todo,
Majestad, con vuestra venia,
que en extremo complicada
se me antoja esa propuesta.

EL REY

No propongo, sino ordeno.
Y aguardo vuestra respuesta.

EL INFANTE

Está bien, Majestad, diré
que ha unas noches, en la cena
cuando los brindis se hacían
se llevo a entablar pendencia
por el interés que tiene
cada uno es esta empresa.
Como Vos mismo sabéis
que sucede con frecuencia,
las palabras se hacen gritos
y los gritos por ofensas
se toman porque se tiene
destemplada la cabeza.
Mas como pronto advertí
que tan absurda pelea
de sentido carecía
orden di de detenerla,
disolviendo la reunión
y fin dando a la contienda.

EL REY

Me es grato comprobar que
sois hábil sobremanera
para, sin decir mentira,
hurtar la verdad entera.
Mas no es hora de tapujos
ni de verbales lindezas,
de modo que responded:
¿Aquella noche en la cena
alguno de los presentes
dejó intención manifiesta
de abandonar esta lucha

y por inútil tenerla?

(El Infante va a contestar, pero D. Álvaro interrumpiéndole se adelanta)

D. ALVARO

¡Perdonadme, Majestad!
Para hablar pido licencia.

(El Rey asiente con la cabeza autorizándole)

Tal hicimos ¡Sí señor!
Mas preciso es que se sepan
las razones que tuvimos
por tomar tal providencia.

EL REY

Decid, si tenéis a bien,
¿Qué razones fueron esas?

D. ALVARO

Pues que fuimos acusados
de cobardía y bajeza.
Y ante tales falsedades
tal recelo se genera
que se pone muy difícil
la confianza sincera
entre quienes han de estar
del mismo lado en la guerra.

EL REY

En verdad que fueron graves
las acusaciones hechas.
Que sean dichos los motivos
que tuvo quien las hiciera.

D. NUÑO

Pues que soy yo, Majestad,
a quien se hace referencia
y como tengo costumbre,
pues que soy hombre de Iglesia,
de nunca decir mentiras

ni las verdades a medias,
permittedme que la causa
de mi intervención ofrezca.
Allí fue que D. Fernando
y D. Álvaro de Tedra
acusaron a D. Pedro
de interesadas tendencias
para ganar esta plaza,
diciendo que sobre ella
se cree tener un derecho
y con base en ello espera
que Vos se la retornéis
cuando se tenga por nuestra.

EL REY

Cierto es que la de la Espada,
Orden Noble y Caballera,
fundada fue en esta plaza
y que aquí nació su yema
y es posible que por tal
su Gran Maestre se tenga
por futuro poseedor
de la que su sede fuera.

D. PEDRO

Si con ello invitación
me hacéis para que intervenga
debo decir, Majestad,
que la misma noche aquella
tras la discusión habida
se aclararon mis ideas.
Y si me lo permitís,
como hace quien se confiesa,
quiero decir ante vos
cual es la intención secreta
que yace en mi corazón
y me da empuje de fiera
para derrotar al moro
y cortarle la cabeza.

EL REY

Ardo en deseos de oír
esas intenciones vuestras.

D. PEDRO

¡La venganza, Majestad!
¡La venganza! Sólo esa
es la razón que me mueve
y hasta tanto no la vea
cumplida como juré
el descanso se me niega,
la paz no encuentra mi alma
y mi cuerpo no sosiega.

EL REY

Creo que puedo comprenderos,
pues conozco la manera
como murió vuestro padre
y con él hasta cuarenta.
Caballeros de Orden,
que cayeron en la pérfida
traición del Abú-Jacob
cuando estaban en la torre
que guarda la Puerta Nueva.

D. PEDRO

Por tal me tengo jurado
que toda su descendencia
será maldita por siempre
y esa malhadada gesta
de aquel traidor almohade,
por que en la memoria impresa
para los siglos se quede,
su nombre a la torre aquella
le dimos los de la Orden
y con tal nombre se queda.
Y por dar gracias al Cielo
cuando la victoria venga
y la plaza sea tomada,
en la dicha Puerta Nueva
levantaremos imagen
de la Virgen de la Estrella,
pues que el lucero del Norte
es nuestro norte en la empresa.

EL REY

Por innoble no tengáis
esa pasión que os afecta
y vuestro espíritu absorbe

de una forma tan intensa.
Si sagrada es la venganza,
y por tal tengo la vuestra,
nada puede reprocharse
a quien tomársela quiera.

(D. Fernando se dirige en un aparte a D. Álvaro)

D. FERNANDO

Harto pronto toma el Rey
esa explicación por buena.

D. ALVARO

Quizás, pero de momento
hemos de tener paciencia,
que ya habremos ocasión
que nuestra verdad se vea.

EL REY

Llegados, pues, a este punto,
porque no haya reticencias,
ni recelos ni rencores
y pues que la unión es fuerza
y la fuerza necesaria,
deseo que se proceda
a renovar juramento,
ante el Rey y ante la Iglesia,
de lealtad a la Corona
y a la fe que ella profesa,
de combatir la morisma
hasta terminar con ella
y que en jurando se haga
especial mención expresa
de renunciar a las luchas
y a las urdimbres internas.
Haya paz entre nosotros
y la gloria será nuestra.
Y si alguno que jurase,
lo jurado no cumpliera,
de sus bienes despojados
y maldecido se vea.
D. Fernando de Allariz,
Cardenal de Compostela,
Nuncio de Su Santidad
y Príncipe de la Iglesia,

os tomará juramento
para que sagradas sean
las palabras pronunciadas
y su obligación eterna.
Y aquí D. Martín Martín,
que figura en esta audiencia
como Escribano Real,
tomará cumplida cuenta
de cuanto se haga y diga
por que en los días que vengan
lo que se hizo y se dijo
pueda saberlo quien quiera.

(El Cardenal, que ha permanecido junto al Rey, se adelanta levantando la Cruz)

EL CARDENAL

Ante esta, la Cruz de Cristo,
que en la vida nos alienta
y que hemos de defender
luchando por esta tierra
os conmino a que juréis,
señores de la nobleza,
por vuestro Rey y por Dios,
que sólo tendréis por meta
daros en servicio a dambos
en lealtad y en obediencia
renunciando expresamente
a otras cuestiones cualquiera.
Si así lo juráis ¡Decidlo!
Y si no, andad de vuelta
a los vuestros menesteres,
que si se hace una promesa
nacida de obligación
lo prometido es ofensa
y el que promete traidor,
siendo obligar un afrenta
para el buen nombre de Dios,
si en su nombre tal se hiciera.

(El Infante se adelanta, se coloca en el centro y se arrodilla)

EL INFANTE

Permitid que sea el primero
que hincada rodilla en tierra
diga que todo lo dicho
por mi honor ¡Jurado queda!

(Se retira y D. Diego hace lo mismo que él)

D. DIEGO

Con absoluta lealtad
y sin ninguna reserva
el juramento hago mío
ante el Rey y ante la Iglesia.

(D. Nuño ocupa su lugar)

D. NUÑO

Por preciso no lo tengo,
pues creo mi fe manifiesta
y tampoco creo que el Rey
de mi lealtad duda tenga,
mas reitero el juramento
que ya otra vez os hiciera.

(Los siguientes van haciendo lo mismo)

D. FROILAN

De las tropas que aquí hemos,
de nuestra vida y hacienda,
en los términos fijados
juro hacer leal entrega
a la misión de la Cruz
y a vuestra voluntad regia.

D. FERNANDO

Con placer sumo aprovecho
la ocasión que se presenta
de expresar mi lealtad
y la fe en Dios que me alienta.
Y por que no resten dudas
ni se tengan por aviesas
las intenciones que habemos
al juramento me sumo
con todas las consecuencias.

D. ALVARO

Del mismo modo mi honor,
que a dudas se sometiera,

que esclarecido se quede
cuando al jurar hago expresa
confirmación de lealtad
al Rey, a Dios y a la Iglesia.

(D. Pedro se dirige aparte a D. Rodrigo mientras otros nobles van jurando sin pronunciar palabra, simplemente se arrodillan e inclinan la cabeza)

D. PEDRO

Adelantaos, sobrino,
y pidiendo al Rey licencia,
haced vuestro juramento
tan pronto que os la conceda.

(D. Rodrigo se turba en extremo por verse obligado a jurar lo que no va a poder, o no tiene intención de cumplir)

D. RODRIGO

Pero... yo... simple soldado...
no es seguro que proceda
que de hinojos ante el Rey
mi juramento le ofrezca.

D. PEDRO

Comprendo la turbación
y la duda que os afecta,
mas andad, no hayáis recelo,
me consta que el Rey aprecia
estos gestos espontáneos...

D. RODRIGO

Mas, señor... puede que a ofensa
otros capitanes tomen
el que yo sólo me atreva...

D. PEDRO

Venid, digo, y no temáis
que nadie por mal se tenga
que expreséis vuestra lealtad.
¡Majestad! Con vuestra venia.

EL REY

Adelantaos, D. Pedro,
que a figura tan señera
echando a faltar notaba.

D. PEDRO

Mi buen sobrino quisiera
ante vos jurar conmigo.
Su turbación es intensa
pues que a la Real persona
ahora ve por vez primera.
Es D. Rodrigo González,
que tiene a su mando y cuenta
tropas de la nuestra Orden,
que adscrito figura a ella
cual caballero de número,
pues posee linaje y tierras.

EL REY

Compláceme comprobar
que la sangre se renueva
en la Orden de la Espada,
que la haya joven y fresca
y por combatir al moro
a la Corona se ofrezca.

(D. Rodrigo está totalmente turbado, casi no es consciente de lo que hace, al arrodillarse, la punta de la espada que tiene envainada da en el suelo y el pierde el equilibrio, estando a punto de caer. Los demás se ríen)

D. RODRIGO

Os lo ruego, Majestad,
disculpad esta torpeza.

EL REY

Si la timidez que habéis
de vuestro Rey en presencia
es tanta como bravura
desplegáis en la contienda,
por mi fe que buen soldado
hay en la mesnada nuestra.

(Por fin se arrodillan D. Pedro y D. Rodrigo)

D. PEDRO

Quiero decir ante Vos
que cuanto se ha planteado
sobre lo que en esta lid
la Orden tiene empeñado,
porque no haya confusiones,
desde ahora renunciamos
a recompensa o botín.
Y quede determinado
Por su Majestad el Rey
Que se disponga el traslado
A la sede que le plazca

ya que somos sus vasallos
y por tales nos tenemos
uno a uno y ordenados.
Y que así siempre será
para siempre lo juramos.

(D. Rodrigo ha permanecido absorto durante el parlamento de su tío, éste le sacude y le pregunta en voz baja)

¿Vos no juráis, sobrino?

(D. Rodrigo sale de su ensimismamiento)

D. RODRIGO

¡ Sí ! ... Lo juro ... Lo juramos.

(Todos vuelven a reírse)

D. NUÑO

¡A fe mía que se encuentra
D. Rodrigo trastornado !

(D. Rodrigo y D. Pedro se levantan)

EL REY

La nobleza y la hidalguía
desde siempre os adornaron
y cuanto habéis dicho aquí
no hace sino confirmarlo.

Por tal, como todos, yo
también dejaré jurado
que los derechos habidos
por los Fratres de Santiago
sobre esta plaza de Cáceres
habrán de ser compensados.
Y cuando ganada sea
Concejo será formado
y villa libre será
con un Fuero redactado
que contenga privilegios
semejantes a los dados
para la villa de Cuenca.

(Se dirige al Escribano D. Martín)

¡Que tal quede consignado
como acabo de decirlo
y que así sea respetado !

EL CARDENAL

Por el Hijo de Dios vivo,
que fuera crucificado,
si los juramentos hechos
se tienen por respetados
premie Dios a quien lo haga,
y que le sea demandado
a quien osase incumplir
la palabra que ha empeñado.
¡Por su palabra y su fe
señores, digan conmigo!
¡¡ Amén!!

TODOS

¡¡ Amén !!

EL REY

Pues que ya todo se ha dicho
y todo ha quedado claro
momento es de retirarse
que mañana, día largo
ha de ser y hemos de ver
los planes que me he trazado
para conquistar la plaza
antes que acabe el verano.

¡ Quedad con Dios, caballeros,
que tengáis feliz descanso. !

(El Rey se retira seguido de su cortejo, Cardenal, Escribano, etc. Todos los presentes formando grupos y charlando se van retirando en distintas direcciones, despidiéndose unos de otros. Queda solo en escena D. Rodrigo)

D. RODRIGO

Infeliz de mi, creía
que el amor todo lo puede
y lo que en brazos de Yaisa
tan claro para mí fuere
ahora se me torna oscuro,
tan negro que casi duelen
los ojos del corazón,
que escudriñando la mente,
no alcanzan a distinguir
lo que en su interior se mueve.
Siento que mi ser se rompe,
que mi corazón pretende
lo que mi razón le niega,
y se rompe de tal suerte
que lo que queda de mí
entre los dos se revuelve.

(Se sienta abatido y confuso, la luz va bajando. A ambos lados surgen humaredas que envuelven a dos figuras iguales que las del propio D. Rodrigo. Son su Corazón y su Razón que se han personificado. D. Rodrigo levanta la cabeza y al ver su propia figura desdoblada a ambos lados de sí, se asusta y se pone en pie)

D. RODRIGO

¡Válgame el Cielo ! ¿Quién sois?
¿Ya es la locura en mi mente?

EL CORAZÓN

Soy tu Corazón, Rodrigo,
tu Razón esta ahí enfrente.

D. RODRIGO

Mas ¿Cómo fuera de mí
podéis haceros presentes?

LA RAZÓN

Yo aquí soy para evitar
que de tu deber te alejes.

EL CORAZÓN

Y yo para hacerte ver
que sólo a tu amor te debes.

LA RAZÓN

Ante tu tío y tu Rey
has jurado hasta dos veces
que les dedicas tu vida
y, si es preciso, tu muerte.

EL CORAZÓN

También a Yaisa juraste
que ante ella se desvanecen
la religión y el honor.
Y por tan divino tienes
el amor que os profesáis
que debe sobreponerse
sobre Cristo, sobre Alá
y sobre todo lo que eres.

D. RODRIGO

Ambos decís la verdad,
los dos estáis en lo cierto,
porque ambas cosas juré
aunque porqué no lo entiendo,
de tal suerte soy confuso
que no sé lo que hacer debo.

EL CORAZÓN

Pues escucha lo que digo.

LA RAZÓN

Pues oye lo que argumento.

D. RODRIGO

¿Es que tenéis solución

para el problema que enfrento?

EL CORAZÓN

¡Sin duda!

LA RAZÓN

¡Cierto!

D. RODRIGO

Adelante pues, decidme.
Los oídos tengo abiertos.

LA RAZÓN

Pues que resulta evidente
que eres en conocimiento
del punto donde se arranca
el pasadizo secreto
que hasta el Alkázar se llega,
comunica tal extremo
al Rey, que agradecerá
que le propongas al tiempo
fácil modo de ganar
esta plaza a bajo precio.

D. RODRIGO

Mas si tal hago, mi amor ...

EL CORAZÓN

¡ Digno será de desprecio!
Escucha, la vida dura
lo que apenas un momento,
sólo la felicidad
debe ser lo que busquemos
y sólo con un amor
como el que tú estás sintiendo
llegarás a ser feliz
y tu gozo será pleno.

D. RODRIGO

Mas si tal hago, mi honor ...

LA RAZÓN

Merecerá tal desprecio
que maldecirán tu nombre
hasta los niños pequeños.
Que no quedará cristiano
sin conocer que a despecho
de tu lealtad y tu fe,
te trocas en traicionero.

D. RODRIGO

No tiene pues solución
el problema que planteo.
Conjugar lealtad y amor
evidente es que no puedo.
Si por uno me decido,
el otro queda maltrecho
y en cualquiera de los casos
mereceré el odio eterno
de aquel que con mi conducta
no pueda salir ileso.
Y pues que no hay solución,
salida digna no encuentro,
en quitándome la vida
pongo fin al sufrimiento.

(Hace ademán de sacar la daga)

LA RAZÓN

Fácil modo has encontrado
de a ninguno dar contento.

EL CORAZÓN

¿Te imaginas lo que Yaisa
sentiría al conocerlo?

D. RODRIGO

¡Pues decidme ya que hago !
¡Ved que me estallan los sesos !

EL CORAZÓN

Harto pronto has olvidado
todo el hechizo y el fuego

que la pasión encendió.
Felices ratos aquellos
que viviste junto al río,
la dulzura de sus besos,
lo cálido de su abrazo
al estrecharla en tu pecho,
la blancura de su piel,
la seda de sus cabellos,
la fe con que te entregó
sus ansias y sus anhelos.
Recuerda lo que dolía
cuando de ti estaba lejos.
Piensa lo que puede ser
ese dolor todo el tiempo
comiéndote las entrañas
y amargando el pensamiento.
¡Cumple lo que prometiste
y no habrá nada de ello !
Toma a tu amada y con ella
empieza a vivir de nuevo,
sepárate de cuanto eres,
grande es el mundo que habemos
y sin duda hay un lugar
dónde viviréis de lleno
el amor que os profesáis
y conoceréis el Cielo
aún antes de haber dejado
aqueste existir terreno.

D. RODRIGO

¡Tal debo hacer! No me importan
Reyes, fe ni juramentos.
Vivir sin ella sería
un infinito tormento.

LA RAZÓN

¡ Bravo, Rodrigo! Muy bien
tus problemas has resuelto.
Mas ¿ Te has parado a pensar
lo que consigues con ello?
Porque además de tu amor,
que me parece perfecto,
conseguirás un desastre
de un alcance tan funesto
que ya no podrás vivir
nunca sin remordimientos.

Como hiel será tu amor
y amargo habrás de beberlo.

D. RODRIGO

¿De qué desastre me hablas?

LA RAZÓN

¿Aún no puedes comprenderlo?
Óyeme bien, pobre hombre,
antes que llegue el invierno
el Rey tiene decidido
terminar con este asedio.
Y para rendir la plaza
en ese margen de tiempo
habrá de lanzarse ataque
que habrá de ser harto fiero,
la lucha será enconada
miles de heridos y muertos,
aún llegando a la victoria,
quedarán en este suelo.
Amigos tuyos caerán,
tal vez tu tío entre ellos.
Los que han venido contigo
dejaron allá en sus pueblos
a sus esposas e hijos.
¿Valen sus amores menos ?
¿Tan especial es el tuyo
que debes sobreponerlo
a todo en cuanto has creído
y a tus otros sentimientos?

D. RODRIGO

Es posible ... Que ... Quizás ...
no cayese en cuenta de ello...

LA RAZÓN

Pues sólo digo verdad
y bien debieras saberlo,
que cuando tus hombres mueran
habrá viudas y huérfanos,
se truncarán sus amores
dignos de tanto respeto
como el que por Yaisa sientes,
mas, si un egoísmo ciego

se ha apoderado de ti
y así te ha tomado preso
en pos corre de ese amor
abandona el campamento
y entrégale cuanto eres
si en verdad es tan intenso.
¿Para qué sacrificarte
por los que por ti lo ha hecho ?
Si crees ser feliz ¿Qué importa
el que otros no puedan serlo?
Y si tú vives ¿Por qué
preocuparte por los muertos?
¡Vamos, huye, da la espalda !
¿Qué te importa el mundo entero...?
Si tú gozas de tu amor
puede desplomarse el Cielo.

EL CORAZÓN

¡No le oigas! Sólo quiere
amargar tus sentimientos
y que al disfrutar tu amor
te coma el remordimiento.

LA RAZÓN

Sólo el honor es tu ley,
que lo comprendas pretendo.
Con él cumple como hombre,
renuncia a ese amor artero.
De los tuyos obtendrás
gloria y reconocimiento
si por ti la plaza cae
sin haber combate cruento.
Tu tío estará orgulloso,
tu Rey estará contento,
tus hombres agradecidos
y Dios mismo satisfecho.
¿Como puedes renunciar
por amor a todo eso...?

EL CORAZÓN

De seguir ese dictado
he de quedarme tan seco
que jamás podré albergar
parecido sentimiento.
Cumple con tu obligación

si es que así quieres hacerlo.

D. RODRIGO

Entre el deber y el amor
que prevalezca el primero
y aunque muerto en vida quede...
¡Dios mío ! ¡Yaisa, lo siento ...!

(Las luces se van atenuando. Telón)

Fin del Acto III

ACTO IV

Personajes:

El Caid, Said-Alí El Yusuf
Noble 1
Noble 2
D. Diego Froilaz
Yaisa
D. Rodrigo
El Rey Alfonso IX
Nobles cristianos (El Infante, D. Pedro, D. Froilán y D. Fernando)
Guardias almohades (2)
Soldados cristianos (8)

(Un salón del Alkázar con ventanas en el fondo y en los laterales que dan a distintos puntos de la ciudad. La decoración comprende una mesa baja con almohadones o cojines en torno a ella y algunos elementos más, propios de los musulmanes. En los laterales hay puertas que dan a otras estancias y están custodiadas por un guardia cada una.

En escena el Caid con dos nobles consejeros suyos. Penumbra mientras habla el narrador. Cuando acaba, la escena se ilumina y acción)

NARRADOR

Tomada su decisión
Rodrigo a su tío habla
y dale conocimiento
de sus amores con Yaisa
y de la forma en que puede
quedar la ciudad ganada
a costa de escaso esfuerzo
y poca sangre cristiana.
Dícele D. Pedro al Rey
lo que Rodrigo le narra.
Son convocados los nobles
y por el mismo Monarca
quedan puestos al corriente
de aquella nueva tan grata.
Rápidamente disponen
y la estrategia preparan,
puesto que es la medianoche
la hora en que está citada
Yaisa con su enamorado,
antes de que sea llegada
se debe haber alcanzado

el interior del Alkázar.
Con la caída del sol
queda la hora fijada
para que un grupo escogido
y bien dotado de armas,
conjugando la sorpresa
con la fuerza necesaria,
así que tome el palacio
y al Caid preso le haga,
se bajen hasta la puerta
al norte de la muralla
para franquear el paso
al grueso de tropa armada,
que tal acontecimiento
espera frente a esa entrada.
Si el interior del recinto
de esta manera se gana,
a costa de poco esfuerzo
la ciudad será tomada
para la causa de Cristo
y la gloria del Monarca.

A todas estas cuestiones
el Caid ajeno se halla,
discutiendo con sus nobles
está tranquilo en su casa,
que confiados están
en que el sustento no falta,
pero esa tranquilidad
pronto se verá truncada...
Mas no nos adelantemos
y veamos lo que pasa...

EL CAID

Me son llegadas noticias
que tu casa se distingue
por que cada día toma
mucho agua del aljibe.

NOBLE 1

¿Mucho dices, mi señor ?
Con dureza se corrige
cualquier abuso en mi casa,
mas ya sabes que te dije
que allí tengo muchas bocas
y que comen como tigres.

NOBLE 2

Y tiene que ser así
¿O acaso Alá no bendice
hasta siete matrimonios
que no harán sino morirse
a este pobre desgraciado?
Que su lujuria reviste
carácter de enfermedad
y ya tanto no resiste.

NOBLE 1

Bien es verdad que soy débil
y las mujeres me encantan,
mas no seas exagerado
que mi lujuria no es tanta.

EL CAID

Pues debe haber continencia,
que lujuria y gula unidas
terminan con la fortuna
del mismísimo Rey Midas.

NOBLE 1

De todos es bien sabido
que los placeres son caros,
mas placeres no serían
si resultasen baratos.

EL CAID

Con esa filosofía
el placer sería vedado
a quien no tenga riqueza
y que no pueda pagarlo.
Mas ello cierto no es,
que puedes ver disfrutando
a los que no tienen nada
de un placer insospechado.

NOBLE 2

La razón está contigo,
que no disfruta el que puede,

ya que de verdad lo hace
el que de verdad lo quiere.

(Se oyen voces y carreras por uno de los laterales. Los guardias se vuelven y preparan las armas.)

Pero ¿Qué gritos son esos?
Ahí afuera ¿Qué sucede?

(Todos se ponen en pie alarmados. El Noble 2 se acerca a la entrada y se vuelve aterrorizado.)

¡Protégete, mi señor!
Que gente armada nos viene

EL CAID

Si la guardia está en su sitio
¿Cómo en armas llega gente?

NOBLE 2

El cómo no me lo sé,
pero el hecho es evidente ...

(Entra D. Diego Froilaz al mando de un grupo de soldados cristianos (8). Los guardias se oponen y rápidamente los matan.)

D. DIEGO

Toda la guardia ha caído
el palacio ya tenemos.
¡Apresad toda esta gente!
¡Vamos, rápido, moveos!

(El Caid se adelanta y se pone ante D. Diego en actitud retadora.)

EL CAID

¡Por Alá que esta osadía
en mi casa no tolero!
¡Decid al punto quién sois!

D. DIEGO

¡Prendedlos!

(Ignora al Caid y tres de sus hombres prenden a los nobles y los desarman, quitándoles las dagas que llevan.)

Vos no seáis impaciente
que ya os atenderé luego.
¡Registrad todo el palacio,
cada estancia y recoveco,
a los que hallareis con vida
dadles muerte, o traedlos!

(Dos hombres salen, D. Diego se dirige al resto.)

Andad con mucha cautela,
mas veloces en extremo.
Debéis llegar a la puerta
para abrirla desde dentro,
que ya viene hacia la plaza
de nuestras tropas el grueso.

(Salen tres hombres y D. Diego se dirige al Caid.)

Y ahora vos, decid si sois
Caid de los sarracenos.
¿Es Said-Alí Yusuf
el hombre que aquí me tengo?

NOBLE 1

No digas nada, señor.

EL CAID

Ese es ni nombre, en efecto.

D. DIEGO

Pues yo, D. Diego Froilaz
acabo de hacerlos preso
en nombre del Rey Alfonso.
Con vida he de mantenerlos
hasta que llegado él
disponga el destino vuestro.
Idos haciendo a la idea
que la cristiandad ha puesto
sus pies en esta ciudad
y que perdéis su gobierno.

EL CAID

Habéis llegado al palacio,
no sé cómo, pero es cierto.
Mas la ciudad es muy grande
y la lucha es al comienzo.
Aún se ha de resolver
si la acabamos perdiendo.

D. DIEGO

Que así debe suceder
ya podéis darlo por hecho.

(Entra un soldado llevando a Yaisa del brazo.)

SOLDADO 1

¡Mirad que linda paloma
de mí se andaba escondiendo!
¡Por mi fe que son feroces
las hembras del sarraceno!.

(Yaisa se escapa del soldado y corre a abrazar a su padre.)

EL CAID

¡Yaisa, hija mía.!

YAISA

¡Padre, lo siento!

EL CAID

No te lamentes aún,
la derrota que me temo
todavía no ha llegado
y aunque es un revés muy serio
que hayan tomado el Alkázar
contamos con hombres buenos
que defenderán con brío
cada palmo de terreno,
no rendirán sin combate
ni de cada calle un trecho.

D. DIEGO

¡Basta de conversación!
¡Separadlos al momento!

(Los soldados lo separan)

Y, señor, tened presente
que por vuestro rango debo
tener consideración
y trataos con miramiento,
mas si resistencia hacéis,
por mi fe que os encadeno.

SOLDADO 1

Vos dispondréis, señor,
qué vamos a hacer con estos.

D. DIEGO

Llevadlos a las mazmorras
y retirad esos muertos,
que me parece el más noble
de la casa este aponseto
y aquí hemos de hacer al Rey
entrega del prisionero.

(Los soldados se llevan a los nobles y retiran los cadáveres de los guardias. Durante la operación se comienzan a oír fuera gritos, ruidos de lucha, chocar de espadas, etc. Un soldado corre a una ventana y mira. Se vuelve hacia D. Diego.)

SOLDADO 2

Las puertas ya son abiertas,
de par en par las tenemos
y nuestra gente en tropel
está metiéndose dentro.
¡Mirad, señor, la morisma
como loca sale huyendo
que no puede resistir
empuje tan bravo y fiero!

D. DIEGO

¡Vive Dios que por ahora

el plan nos sale perfecto!
Antes de la medianoche
la plaza dominaremos.

(Otro soldado se asoma a una ventana del lado opuesto.)

SOLDADO 3

¡Señor, por aqueste lado
se ve cómo van subiendo
a lo largo del adarve
y hacia la plaza del centro!
Se van ganando las torres
y matan a los arqueros
que en ellas se han apostado
para abatir a los nuestros.

D. DIEGO

Ya podéis dar por perdida
la batalla que tenemos,
pues tomada la muralla
poca resistencia habremos.
Cuando sea llegado el Rey
con sumisión y respeto
os entregareis a él
y deberéis declararle
de esta fortaleza dueño.

EL CAID

Aún me quedan esperanzas ...
Si reaccionan mis guerreros ...

D. DIEGO

Vuestra fe es desmesurada
y vuestro optimismo ingenuo.

(Otro soldado, en una de las ventanas del fondo grita.)

SOLDADO 1

Por la puerta que da al sur,
que los moros han abierto,
una turba enloquecida

hacia el campo sale huyendo.
Si los ojos no me engañan,
con ella se van corriendo
soldados y gente de armas
que creen huir del infierno.
Con claridad se distinguen
las blancas capas al viento.

SOLDADO 2

También por la oeste
el paso franco tenemos.

SOLDADO 3

Por muchos puntos se ven
algunas casas ardiendo,
donde ha habido resistencia
se les ha prendido fuego
y los moradores salen,
si se resisten, son muertos,
mas si prefieren huir
para salvar el pellejo
les dejan que por el sur
corran por el campo abierto.

D. DIEGO

Y ahora ¿Qué me decís?
Vuestro valientes guerreros ...

EL CAID

¡¡Vive Alá que no lo entiendo!!

D. DIEGO

La verdad, yo me esperaba
un combate más intenso.
Tenía a los almohades
por luchadores más fieros.

EL CAID

Yo también. Y por Alá
que la sorpresa y el miedo

debe haberlos trastornado.
Ver a la gente corriendo
y a los cristianos matando
como locos los ha vuelto
y han huido sin luchar
presas de pánico ciego.

(Los soldados corren de una ventana a otra para seguir la marcha del combate.
Se continúan oyendo gritos y ruido de lucha.)

SOLDADO 3

Hacia la puerta del norte
se acerca el real Cortejo,
apenas en un instante
aquí mismo lo tendremos.

SOLDADO 1

El Rey debiera esperar,
aunque ya son poco intensos
hay focos de resistencia
por varios puntos dispersos
y desde algún matacán
algún emboscado arquero
lanzar puede sus saetas
y haber un disgusto serio.

D. DIEGO

Razón tienes, mas el Rey
no ha de esperarse por ello.
Que también él es soldado
y es como tal su deseo
participar en la lucha
aunque haya peligro en ello.

EL CAID

Veo que ya somos perdidos.
A vos, como caballero,
os quiero solicitar
por Cristo, que es el Dios vuestro,
una sola concesión
y bien sabe Alá que accedo
a suplicar a un cristiano

de mi orgullo prescindiendo,
por que el amor a mi hija,
que es lo único que tengo,
es más grande que mi orgullo
y que la fe que profeso.
¡Dejadla marchar, su vida
en vuestras manos la dejo!

YAISA

¿Marchar y dejarte aquí?
¿Cómo puedes pedir eso?
Yo jamás te dejaré
aunque me obliguen a hacerlo.

D. DIEGO

Creedme, señor, si os digo
que quisiera complaceros,
mas sólo al Rey corresponde
decidir qué ha de ser hecho
con vos y vuestra familia
y sólo al Rey obedezco.

EL CAID

Mi hija es sólo una niña ...
Una vez más, os lo ruego ...

YAISA

Por mí no supliques, padre,
que mil muertes me merezco,
que yo he tenido ... (la culpa)

(Las últimas palabras son ahogadas por el soldado que grita interrumpiéndola.)

SOLDADO 1

¡En el patio está el cortejo!

(D. Diego se dirige a otro de los soldados.)

D. DIEGO

Baja rápido y al Rey
conduce hasta este aposento,
que aquí tomará al Caid

de rendición juramento.

(El soldado sale, los que guardan al Caid y a su hija se colocan a ambos lados de ellos y en la parte contraria a aquella por la cual va a entrar el Rey.)

Lamento no haber podido
atender a vuestro ruego.

EL CAID

Por cumplir vuestro deber
sólo merecéis respeto.
Podéis tener por seguro
que reconocido os quedo.

(Entra el Rey, con él vienen el Infante, D. Pedro, D. Froilán, D. Fernando y D. Rodrigo, éste queda oculto a la vista de Yaisa por los que le preceden. Todos los presentes saludan al Rey con una genuflexión, D. Diego se adelanta.)

D. DIEGO

Permitidme, Majestad.
El hombre que aquí os entrego
es Said-Alí Yusuf,
Caid de los sarracenos.

EL CAID

Pues que vos habéis vencido
y mi destino ya es vuestro,
por conquistada la plaza
en vuestras manos la dejo.

(El Caid se inclina ante el Rey. D. Pedro se adelanta y grita)

D. PEDRO

¡ Viva nuestra Majestad
el Rey Alfonso Noveno!

TODOS

¡ Viva !

EL REY

Declaro que esta ciudad
como cristiano terreno
ha de ser considerada
en los siglos venideros.
Con igual solemnidad
hago reconocimiento
de la gratitud del Rey
a este capitán intrépido.

(El Rey se vuelve y llama a D. Rodrigo)

¡Venid acá, D. Rodrigo !
Ante todo el mundo quiero
que sepáis que vuestro Rey
quiere dejar manifiesto
el valor y la lealtad
que anidan en vuestro pecho.

(D. Rodrigo se adelanta al lado del Rey. Cuando Yaisa le ve no puede contenerse y se arroja hacia él)

YAISA

De tu lealtad y valor
es tu Rey el pregonero.
Me lo andaba sospechando
y me negaba a creerlo,
mas la terrible verdad
por fin el paso se ha abierto
y aquí llegas como héroe
cuando eres vil y rastroso ...

D. RODRIGO

¡ Yaisa ! Yo ...

YAISA

¡ Embustero !

(Yaisa llora y golpea con sus puños el pecho de D. Rodrigo.)

EL REY

¡Detened a esa mujer !

D. RODRIGO

¡No Majestad ! Os lo ruego.

(Yaisa cae de rodillas delante de D. Rodrigo, él trata de ayudarla a levantarse y ella se aleja arrastrándose.)

Alzad, por favor, Princesa.
Una explicación os debo,
si me oís comprenderéis
que no tuve otro remedio ...

YAISA

¡Aparta de mí tus manos
pues que destilan veneno
y no quiero que contagies
en mí tus males infectos !

(Yaisa queda tumbada en el suelo llorando, D. Rodrigo hace ademán de dirigirse a ella, pero el Rey le detiene.)

EL REY

Los males de una mujer
no deben menguar el éxito
de jornada tan gloriosa
como la que hoy tenemos.
Vos permaneced aquí

(Dirigiéndose hacia D. Diego)

y dispensad noble trato
a tan nobles prisioneros,
que a recorrer la ciudad
nosotros nos andaremos,
pues tan brillante victoria
contemplar de cerca quiero
y compartir con la tropa
la gloria de este momento.

D. RODRIGO

¡Majestad ! Si dispensáis
aquí en el Alkázar quedo,
que para pedirlos tal
sobrados motivos tengo.

EL REY

Razones buenas serán
aunque yo no las comprendo,
mas en esta noche a vos
negaros algo no puedo.
Así pues, aquí quedad
si es ese vuestro deseo.

(Salen el Rey y los que han entrado con él. Quedan en escena el Caid, Yaisa, D. Rodrigo y dos soldados. D. Diego duda, pues no sabe si quedarse o salir también.)

D. RODRIGO

Id vos también con el Rey,
yo guardo a los prisioneros.

D. DIEGO

Mas el Rey me encomendó ...

D. RODRIGO

Andad, por favor, D. Diego,
vos merecéis más que yo
ir en el Real Cortejo
para compartir la gloria,
pues ha sido tan certero
vuestro quehacer esta noche
que os hará digno de aprecio
desde el propio Rey Alfonso
al último de los nuestros.

(D. Diego sale y D. Rodrigo se dirige al Caid)

¡Señor ! Ya comprenderéis
que con vuestra hija debo
aclarar ciertas cuestiones
antes de con vos hacerlo.

EL CAID

¿Y qué queréis de mi hija?
Pues de su conducta infiero
que se siente traicionada
por vos, aunque yo no acierto
a comprender cómo dambos
erais en conocimiento.

D. RODRIGO

Señor, ya os explicaré,
mas permitidme primero
que aclare con vuestra hija
la cuestión que nos tenemos.

YAISA

¡Ya no hay nada que aclarar !
Que yo ya bien claro veo
que me habéis utilizado
para conseguir el mérito
con que os honra vuestro Rey ...

D. RODRIGO

¿Cómo puedes pensar eso ?

YAISA

No es preciso pensar nada
que ante mis ojos lo tengo,
y márchate con los tuyos
a compartir su festejo.
Déjame con mi dolor
y con mi remordimiento.

EL CAID

¡Por Alá que soy confuso !
¡Yaisa! Y vos, caballero,
aclaradme lo que pasa
aunque ya me voy temiendo ...

YAISA

Yo he de decírtelo todo
aunque no puedas creerlo,
pero escucha la verdad:
Sólo yo la culpa tengo,
que sólo yo soy la causa
del horror y el sufrimiento
que esta ciudad y los míos
esta noche están sintiendo.

EL CAID

¿Es posible que tan grave
haya sido lo que has hecho
para creerte culpable
de cuanto mal padecemos?

YAISA

¡No es que lo crea! ¡Lo soy!
Lo soy, padre, y no me atrevo
a perdón solicitar,
que sólo morir merezco.

EL CAID

¿De perdón y muerte hablas?
¿Qué disparates son esos?

YAISA

¡Así fuesen disparates
o sólo fuese un mal sueño!
Que ciega por la pasión
y por creer caballero
al peor de los cobardes,
dile yo mi amor sincero.
Y por huirme con él,
cuenta dile del secreto
modo de llegar que hay
desde el río hasta aquí dentro.

EL CAID

Pero ¿Cómo? ¡Tú, mi hija !
¿Nos diste a tan bajo precio?

YAISA

¡Sí! Así lo hice, padre,
que era mi amor tan intenso
y mi confianza tanta
que sólo tuve por bueno
el camino que ofrecía
quien me traicionare luego.

EL CAID

¡ Razón tenías ! Mil muertes

poco son para el desprecio
con que has tratado a tu padre,
a Alá y a todo tu pueblo.

(Yaisa se levanta y se pone delante de D. Rodrigo abriendo los brazos)

YAISA

Acaba conmigo tú,
que mi corazón ya ha muerto.
Arranca la poca vida
que ya me queda en el cuerpo.

D. RODRIGO

Voy a sacarte de aquí,
para hablar tendremos tiempo ...

(El Caid arranca la daga a uno de los guardias y se lanza hacia su hija,
hundiéndosela en un costado.)

EL CAID

¡Aquí no hay nada que hablar!
Es la hora de los hechos.
Y he de ser yo quien te mate
aunque no baste con ello.

SOLDADO 1

¡Cuidado!

D. RODRIGO

¡Detenlo!

(Yaisa cae herida de muerte, el Caid arroja la daga lejos de sí y D. Rodrigo se
sienta en el suelo tomando la cabeza de Yaisa en su regazo)

¡Vive Dios! que no esperaba
desenlace tan funesto.
Aunque no me creas, Yaisa,
con toda el alma te quiero.

EL CAID

La muerte no es suficiente.
¡Mahoma, profeta eterno!

Te convoco con Alá
para que no entre en tu reino
el alma de esta insensata.
Maldita quede y su espectro
para siempre quede errante
sin hallar paz ni sosiego.
Y hasta que el Islam no reine
en esta plaza de nuevo
su espíritu vagará
por el pasillo secreto
que ha sido la perdición
de esta plaza y este reino.
Y para que siempre quede
en la memoria el recuerdo
de la traición hecha hoy,
de cada año venidero
en la noche de este día,
materia se haga su cuerpo,
mas no con humana forma,
sino que tenga el aspecto
del animal más cobarde,
pues cobarde es lo que ha hecho
Y así, trocada en gallina,
su alma llore en cada trecho
del oscuro pasadizo
sin tener nunca consuelo.
Como te lo pido, Alá,
concédeme este deseo.
Que esta maldición repare
la pérdida que hoy lamento.

D. RODRIGO

Si cuanto dice tu padre
puede llegar a ser cierto
te juro que buscaré,
por el amor que te tengo,
cada año esa gallina
y, por Dios, que si la encuentro,
encontraré tal fortuna
que el fatal encantamiento
que así te tiene prendida
así quedará deshecho.
Puedes tener por seguro
que pondré mi vida en ello
y si la muerte me hallare
sin haber tenido éxito,
emplazo a cualquier cristiano,

para que en nombre del Cielo,
en la noche de San Jorge,
pues que hoy su día tenemos,
te busque como gallina
y para premiar su esfuerzo
que de oro sean tus plumas.
De esa forma, quien certero
acierte a encontrar tu alma
sabrá que es el verdadero
espíritu de mi amor
y su fortuna habrá hecho,
reparando la desgracia
que hoy lloro con desconsuelo.

(Las luces van bajando. Telón)

Fin del Acto IV

FIN DE LA OBRA.....